

Por las cálidas tierras de Atacama

ISA 187

Por Hugo Rolando Cortés.

La infancia y la adolescencia poseen un embrujo que por lo común no suelen tener otras edades. Parece que allí se fijan en aguafuerte las impresiones más duraderas, las que sobreviven con más nitidez a través del tiempo. Venturosa estancia alada. Sin duda, pequeño mundo saturado de imágenes celestes, quimérico reducto que guardamos con tenacidad porflándole a los años y sus devastadoras destrucciones.



La lectura de "Andanzas por el desierto de Atacama", de Salvador Reyes, nos ha envuelto en esa sinfonía de recuerdos y acontecimientos juveniles, invitados por su autor —ya desaparecido— a regresar, no sin agonías, a la búsqueda del "tiempo perdido". Con él iniciamos el peregrinaje hacia su tierra natal, Copiapó, para caminar juntos por la tierra madre, escenario de donde extrae el escritor sus primeras vivencias.

Hijo del norte chileno, emigró un día para empezar la carrera diplomática. Como tantos otros, tampoco imaginó que la despedida iba a resultar casi definitiva. Dejaba, de golpe, el paraíso de su infancia, los lazos que le ataban a Copiapó, su familia, los alrededores: Caldera, el oasis, las caletas, sus juegos y amigos.

Era el adiós irremediable.

Años, muchos años después, volvió Salvador Reyes al punto de partida. Saturóse de fragancias pretéritas, de encantos sumergidos. En contraste con la visión que de la vieja Europa trata, emergieron los rostros de sus calles de Taltal, el Lincancaur —rojo en el crepúsculo— los muelles de Antofagasta, la desolación de Paposo, la pampa envuelta en la camanchaca del amanecer.

Hay, en este libro escrito con el corazón, un capítulo del que no podemos sustraernos. Para pagar una deuda de gratitud llega Salvador Reyes una tarde frente a la tumba del sacerdote don Domingo Atienza,

profesor en los años escolares del escritor, de castellano y francés. La reminiscencia sobrecoge: "La tumba de don Domingo Atienza se halla frente a la puerta, en el centro del cementerio de San Pedro de Atacama, en el sitio de honor entre esos muertos de altísimo rango: hombres y mujeres que vivieron en la sencillez y en el humilde trabajo, con la alegría y la pena de cada día, dando a la esperanza la forma pura del pan cotidiano. La tumba del sacerdote forma el eje de esa rueda de oscuros destinos.

—Me encaminé solo hasta allí, en el atardecer. El Lincancaur no había todavía empezado su transfiguración: soplaban un viento fresco y fuerte. A medida que me acercaba sentía aumentar mi angustia, mi pena o mi temor. Iba a encontrar nada

"Libro de evocaciones afectuosas, estas andanzas por el Norte cálido y eterno. Desierto inefable de tanta leyenda y realidad nacional. Por allí nos ha llegado la riqueza de sus vetas y sus hombres".

más que una tumba y ya sabía lo que esa tumba significaba para mí. Sin embargo, creó que tenía miedo como si al tocar la piedra hubiera ido a consumir la definitiva separación. Hice un esfuerzo para concentrar mi vida entera en ese momento. Pero todo no era sino confusión y lejanía. No me había dado cuenta de que había anochecido. Oí voces en la puerta del cementerio y me uní a las personas que venían a buscarme".

Libro de evocaciones afectuosas, estas andanzas por el Norte cálido y eterno. Desierto inefable de tanta leyenda y realidad nacional. Por allí nos ha llegado la riqueza de sus vetas y sus hombres.

Norte de ayer, de hoy, de siempre, adherido al alma chilena. Buena tierra. Madre tierra.

1932

1999-1990

p. 3

4-I-1988

el memoria Vespertino

7665

La alabanza propia envilece.

Cervantes

Por las cálidas tierras de Atacama [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Por las cálidas tierras de Atacama [artículo] Hugo Rolando Cortés. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile